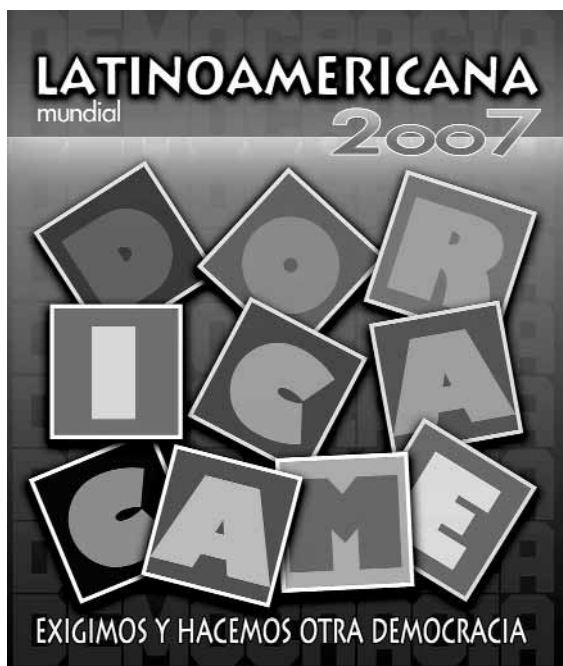




DOCUMENTOS del OCOTE ENCENDIDO

Nº 44

SEPTIEMBRE 2006



**EXIGIMOS Y HACEMOS
OTRA DEMOCRACIA**

Comités Oscar Romero

C/ José Paricio Frontiñan s/n - 50.004 - Zaragoza D.L.Z. 147-89

PRESENTACIÓN

Queridos lectores:

Acabamos de iniciar un nuevo año en la solidaridad programando nuestro quehacer diario. Hemos profundizado en nuestros objetivos, recordando desde dónde hacemos las cosas.

Como bien sabréis, uno de nuestros principales objetivos es que nuestros Comités sean cauce de comunicación de los pueblos y denuncia de las políticas que no hacen posible OTRA HUMANIDAD.

Este Ocote es cauce, desde hace muchos años, de ese objetivo primordial. Y para este primer número de este curso nos atrevemos a mostraros unas pinceladas de otro "cauce" quizás más importante. Se trata de enseñaros algo de la AGENDA LATINOAMERICANA-MUNDIAL 2007 (bien conocida en los cinco continentes pero todavía, creemos, desconocida por muchos), compilada por Pedro Casaldáliga y José María Vigil.

Hace ya 16 años, y parece que fue ayer que nació la que para nosotros es una obra maestra. Y nuestro Comité celebra el 15 aniversario del encargo de la edición en castellano en el estado español.

Cauce de solidaridad, signo de comunión entre personas y comunidades, manual de campaña para ir creando "otra humanidad". Como sabéis, su distribución se hace "a golpe de calcetín", de una en una. Ahí os necesitamos. Lo primero, leedla. Después, difundidla, distribuidla. Sin vosotros, amigos solidarios, este proyecto de 16 años no hubiera sido posible.

DEMOCRACIA, la exigimos, haciéndola, viviéndola ya, sin esperar. Poniendo en orden todas esas piezas de que se compone la Democracia verdadera. Va por vosotros.

Comité Óscar Romero

Índice

Exigimos y hacemos otra Democracia. <i>Pedro Casaldáliga</i>	Pag 4
Sobre la democracia. <i>José Saramago</i>	Pag 6
Democracia: Forma política del capitalismo. Jaume Botey	Pag 9
Otra democracia: con igualdad de genero. <i>Maria Cecilia Domezi</i>	Pag 12
La religión del mercado. <i>Paul F. Knitter</i>	Pag 16
Agenda Militante para 2007. <i>Gustavo Codas</i>	Pag 19

EXIGIMOS Y HACEMOS OTRA DEMOCRACIA

Pedro Casaldáliga

Las últimas ediciones de nuestra Agenda han tenido la osadía de abordar temas mayores, verdaderamente mundiales; también en esto es mundial la Agenda latinoamericana.

Esta edición de 2007 aborda uno de esos temas mayores: la democracia. Traída y llevada, palabra pública casi tan profanada como la palabra amor o como la palabra Dios, palabra escrita, perorada, justificada con todas las verdades y todas las mentiras. La revista Nuevamérica introducía su número dedicado a la democracia con esta justificación puntual: «En un contexto en el que vemos al presidente norteamericano apropiarse del término democracia para justificar su política de intervención militarista, se hace necesario, sin duda alguna, rediscutir este concepto que asume, cada vez más y de manera muchas veces contradictoria, carácter polisémico».

¿De qué hablamos cuando hablamos de democracia? La democracia actual, que es la forma política común de Occidente, en qué es o no es democracia. ¿«Votar, callar y ver la tele», como decía el humorista? La democracia que conocemos, para las mayorías es apenas democracia fundamentalmente electoral y aun con todas las restricciones impuestas por el capital y sus medios de comunicación. No es democracia económica, ni democracia social, ni democracia étnico-cultural. No es democracia participativa; es,

cuando mucho, delegada o representativa; pero ¿representativa de qué intereses y delegada con qué controles?

Es una democracia que empalaga y que indigna. Alguien ha hablado de «fatiga democrática». Clasificándola de un plumazo, la periodista Katrina vanden Heuvel, en su Diccionario de los republicanismos, la define como «el gobierno de las corporaciones, por las corporaciones y para las corporaciones», y Pablo González Casanova, como «una democracia de los pocos, con los pocos y para los pocos». Aquello de «gobierno del pueblo, con el pueblo y para el pueblo» se evaporó en populismos ilusorios y en sarcasmos neoliberales.

La Agenda, evidentemente, no pretende condenar «la democracia». Contesta categóricamente «esta democracia» que tenemos. Y, con millones de personas que soñamos «otro mundo posible», quiere exigir y ayudar a hacer «otra democracia».

Hablando de «otro mundo posible», creemos que cada vez más es hora de dar el paso de afirmar esa posibilidad, a exigir y hacer ese otro mundo, como necesario y urgente. Y para eso «exigimos y hacemos otra democracia», proclama nuestra Agenda 2007. La exigimos como un derecho fundamental de las personas y de los pueblos, en todas las latitudes. Porque exigimos para todas las personas y para todos los pueblos los derechos básicos y los derechos comple-

mentarios. No podemos aceptar una democracia-privilegio, una democracia-primer-mundo; menos aún, una democracia-imperial, «a punta de pistola», como ironizaba Jesse Jackson. Los indígenas presentes en el Foro Social Mundial de Caracas propugnaron enfáticamente «la descolonización de la democracia».

La necesitamos y la exigimos «socializadora». Si los especialistas no saben conjugar democracia y socialismo, peor para ellos... El profesor de historia Agustí de Semir reconocía que la democracia actual es, de hecho, «la forma política del capitalismo». Por su parte, el sociólogo Herbert José de Souza -el inolvidable Betinho-, en un curso de obispos latinoamericanos, nos recordaba el antagonismo esencial que existe entre democracia y liberalismo, entre capitalismo y democracia. Ni el liberalismo ni el capitalismo, explicaba él, pueden pretender la democracia realmente popular, participativa, igualitariamente fraterna, mundial. «El liberalismo, decía, porque promete una igualdad abstracta con una desigualdad real». Y «el capitalismo, porque está asentado en la desigualdad y en la desigualdad creciente». La democracia que nosotros defendemos no sólo puede ser «socialista», sino que debe serlo; con un socialismo no vergonzante, aunque escarmentado. O se socializa la participación de todas las personas y de todos los pueblos en los derechos a la vida, a la dignidad, a la libertad, a la alteridad, o no habrá ni democracia ni paz. Lo que va de historia de la democracia en Occidente puede ser una buena lección para no identificar a priori una sociedad democrática con una sociedad verdaderamente humana.

Para que la religión no sea un gran enemigo de la democracia, como con frecuencia lo ha sido y aún lo es, hasta Dios debe ser «democratizado» de otro modo. La respectiva vivencia religiosa de la fe se debe abrir al diálogo en el pluralismo y debe compartir en la acción volcada hacia las grandes causas comunes de la vida y de todo el ser del universo.

«Exigimos» otra democracia, postula la Agenda, pero también promete «hacer» esa otra democracia. No nos será dada de favor; deberemos conquistarla. Hemos de ser personalmente democracia para ayudar a hacer socialmente esa democracia otra. Siguiendo la regla vital del cada día y en cada lugar. Ser democracia en la familia y en el vecindario, en la calle y en el trabajo, en la comunidad de fe y en el partido o en el sindicato o en la asociación. «Agenda» es eso: lo que hay que hacer. Seamos, pues, agenda democrática. Localmente, mundialmente.

La democracia cabe en todas las vidas humanas y en todas las culturas. Todos los timbales, todas las campanas, todos los gongs, pueden y deben convocar a la democracia integral, a la ciudadanía universal.

En esta Agenda 2007 varios especialistas nos dan su palabra cualificada sobre diferentes aspectos de la democracia y sus implicaciones. Y ofrece también la Agenda experiencias de democratización real y cotidiana.

Pensando libremente, críticamente, autocríticamente, y practicando coherentemente, iremos dando credibilidad a esta nuestra convicción: «Otra democracia es posible». Para que ese mundo, malherido, desconcertado y todavía impenitentemente soñador, sea de verdad casa feliz de una Humanidad fraterna.

SOBRE LA DEMOCRACIA

José Saramago

Aprendemos de las lecciones de la vida que de poco nos servirá una democracia política, por más equilibrada que parezca ser en sus estructuras internas y en su funcionamiento, si no ha sido constituida como raíz de una efectiva y concreta democracia económica, y de una no menos efectiva y concreta democracia cultural. Decirlo en los días de hoy ha de parecer un obsoleto lugar común de ciertas inquietudes ideológicas del pasado, pero sería cerrar los ojos a la realidad no reconocer que aquella trinidad democrática -la política, la económica, la cultural-, cada una de ellas complementaria de las otras, representó, en el tiempo de su apogeo como idea de futuro, una de las más entusiasmantes banderas cívicas que alguna vez, en la historia reciente, fueron capaces de sacudir conciencias, de movilizar voluntades, de conmover corazones. Hoy, despreciadas y arrojadas al cubo de la basura de las fórmulas que el uso cansó y deformó, la idea de democracia económica dio lugar a un mercado obscenamente triunfante, y la idea de democracia cultural fue sustituida por una masificación industrial de las culturas. No progresamos, retrocedemos. Y cada vez se irá volviendo más absurdo hablar de democracia si nos empeñamos en el equívoco de identificarla únicamente con sus expresiones cuantitativas y mecánicas que se llaman partidos, parlamentos y gobiernos, sin atender a su contenido real y a la utiliza-

ción que efectivamente hacen del voto que los justificó y los colocó en el lugar que ocupan.

No se concluya de lo que acabo de decir que estoy contra la existencia de los partidos: soy miembro de uno de ellos. No se piense que aborrezco parlamentos y diputados: me gustaría que fueran mejores. Y tampoco se crea que soy el providencial inventor de una receta mágica que permitiría a los pueblos, de ahora en adelante, vivir sin tener que aguantar gobiernos: simplemente me niego a admitir que sólo sea posible gobernar y desear ser gobernado conforme a los modelos democráticos en uso - a mi modo de ver incompletos e incoherentes- que pretendemos hacer universales, en una especie de fuga hacia adelante, como si quisiéramos huir de nuestros fantasmas en vez de reconocerlos como lo que son y trabajar para vencerlos.

He llamado «incompletos e incoherentes» a los modelos democráticos en uso porque en realidad no veo cómo designarlos de otra manera. Una democracia bien entendida, entera, radiante, como un sol que iluminase por igual a todos, debería, por pura lógica, comenzar por nuestros propios países. Si esta premisa no es asumida y observada -y la experiencia de todos los días nos dice que no lo es- todos los raciocinios y prácticas subsiguientes, o sea, la fundamentación del régimen y el funcionamiento

del sistema, resultarán viciados y pervertidos. Hemos visto ya cómo se ha vuelto obsoleto invocar los objetivos de una democracia económica y de una democracia cultural, sin los cuales el edificio de lo que designamos por democracia política queda reducido a una frágil cáscara de apariencias democráticas, conservadas por el impenitente conservadurismo del espíritu humano, al que, como es costumbre, le bastan las formas exteriores, los símbolos y los rituales para continuar creyendo en la existencia de una materialidad carente de cohesión, o de una transcendencia que perdió sentido y nombre; quieren las circunstancias de la vida actual, repito, que los brillos y los colores que han adornado, ante nuestros ojos, las formas de la democracia política, estén tornándose apagadas, sombrías, de una forma todavía imprecisa pero no por eso menos angustiante. Diré -según mi entender- por qué.

Como siempre sucede, la cuestión central de cualquier tipo de organización social humana, de la que derivan todas las demás y hacia la que acaban por confluir, es la cuestión del poder, y el problema teórico y práctico con que invariablemente nos enfrentamos es identificar quién detenta el poder, averiguar cómo llegó a él, verificar el uso que hace de él, los medios de que se sirve y los fines a los que apunta. Si la democracia fuese, de hecho, lo que con auténtica o fingida ingenuidad continuamos diciendo que es, el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, cualquier debate sobre la cuestión del poder perdería sentido, una vez que, residiendo el poder en el pueblo, sería al pueblo a quien competiría su administración, y siendo el pueblo el administrador del

poder, está claro que sólo lo debería hacer en beneficio suyo y para su propia felicidad. Ahora bien, sólo un espíritu perverso, optimista hasta el cinismo, osaría proclamar hoy la felicidad de un mundo que, por el contrario, nadie debería pretender que lo aceptemos tal como es, sólo por el hecho de ser, supuestamente, el mejor de los mundos posibles. Es la propia situación concreta del mundo denominado democrático la que nos dice que, si es cierto que los pueblos son gobernados, también es cierto que no lo son por sí mismos ni para sí mismos...

Me dirán ustedes: «Los gobiernan sus representantes democráticamente elegidos, y ahí está el poder democrático». Y yo responderé: «No estamos en un laboratorio en el que, habiendo mezclado sustancias químicamente puras, podamos esperar que el producto resultante venga a ser también químicamente puro».

Por definición, el poder democrático será siempre provisional y coyuntural, dependerá de la estabilidad del voto, de la fluctuación de las ideologías o de los intereses de clase y, como tal, puede ser visto como una especie de barómetro orgánico que va registrando las variaciones del querer político de la sociedad. Pero, ayer como hoy, y hoy con amplitud cada vez mayor, abundan los casos de cambios políticos aparentemente radicales que han tenido como efecto cambios radicales de gobierno, pero a los que no siguieron los cambios económicos, culturales y sociales que el resultado del sufragio había parecido anunciar.

Decir hoy «gobierno socialista», o «socialdemócrata», o «conservador», o «liberal», y llamarle «poder», es nombrar algo que no se encuentra donde

parece que está, sino en otro inalcanzable lugar -el del poder económico, efectivo, determinante y actuante, cuyos contornos podemos percibir en filigrana por detrás de las tramas y de las redes institucionales, pero que se nos escapa cuando intentamos acercarnos a él, y que contraataca si tenemos la veleidad de reducir o regular su dominio, subordinándolo a los intereses generales. Dicho más claramente, los pueblos no eligieron sus gobiernos para que los «llevasen» al Mercado, sino que es el Mercado el que por todos los modos posibles condiciona a los gobiernos para que le «lleven» los pueblos. Si hablo así del Mercado es por ser él, hoy, y más que nunca, el instrumento por excelencia del auténtico, único e incontrovertible poder, el poder económico y financiero multinacional, ése que no es democrático porque no lo eligió el pueblo, que no es democrático porque no es regido por el pueblo, y que además no es democrático porque no apunta a la felicidad del pueblo.

No faltarán sensibilidades delicadas que encuentren escandaloso y provocador lo que acabo de decir, aunque ellas mismas tengan que admitir que no he hecho más que enunciar algunas verdades elementales y transparentes, datos conocidos de la experiencia cotidiana de todos nosotros, simples observaciones de sentido común. Sobre estas y otras no menos claras obviedades, sin embargo, han impuesto las estrategias políticas de todos los rostros y colores un prudente silencio para que no ose insinuar alguien que, conociendo la verdad, practicamos la mentira o de ella aceptamos ser cómplices.

Habría que preguntar (1) si existe alguna legitimidad en la interposición de límites tácitos o consensuales al ejercicio de la responsabilidad de todo ciudadano en su relación con la sociedad en que vive; (2) si la determinación de esos límites, que el uso -una vez pasado suficiente tiempo- siempre acaba por fijar, resultó exclusivamente de un acto de renuncia voluntaria o fue consecuencia de actitudes más o menos conscientes de negación o indiferencia a ejercer derechos y a asumir deberes; (3) si, finalmente, es legítimo continuar hablando de ejercicio democrático sin la participación y la intervención permanentes de los ciudadanos en la vida colectiva; sin la clarificación pública de las fuentes del poder; sin el cumplimiento riguroso del precepto fundamental de Derecho según el cual todos los ciudadanos son iguales ante la ley; sin el reconocimiento no solamente formal, sino verificable en los hechos, de que los beneficios y mejoras sociales, sin exclusión de ninguno de sus componentes, sean de naturaleza estructural, económica o cultural, son, por extensión y sin condiciones restrictivas, extensibles a toda la comunidad. Etc., etc., etc. Porque la democracia, o es total, o todavía no es democracia.

Esto me lleva a concluir que antes de que pensemos en exportar simulacros de democracia para el resto del mundo, deberíamos encontrar la manera de producirla y distribuirla mejor (uso el lenguaje del Mercado) en nuestros países. Estoy cierto de que el mundo necesita mucho más que la ilusión democrática que hemos acabado fabricando, a la que se reducen, en la mayor parte de los casos, nuestras democracias.

DEMOCRACIA:

Forma política del capitalismo

Jaume Botey

Se dice que la democracia la inventaron los griegos porque allí, en el ágora, el pueblo podía opinar y decidir. Pero no se dice que allí cuatro quintas partes de la población trabajaban «como esclavos» para que la otra quinta parte pudiera opinar y decidir sobre ellos.

Muchos siglos más tarde, en Francia, los ilustrados Diderot, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, padres de los principios de la «Libertad, Igualdad y Fraternidad» y de la Revolución Francesa, escribieron tratados sobre la democracia. Pero la francesa fue una revolución burguesa y de intelectuales, no de las masas. Setenta años más tarde la Comuna, también en Francia, lo intentó y en nombre de la democracia fue aplastada por los mismos que habían hecho la Revolución setenta años antes.

Cuando, a mediados del siglo pasado, la sociedad quiso dar forma política a los cambios producidos por la industrialización, Keynes ideó un modelo de Estado protector que, salvando los intereses de los ricos, permitiera repartir riqueza a los pobres. La democracia siempre ha sido el sistema que, bajo la bandera de la libertad, ha encubierto la riqueza de unos y la pobreza de otros.

Pero esto se agravó a partir de los años setenta del siglo pasado con el neoliberalismo y la teoría del mercado como

único mecanismo regulador de la sociedad, y a medida que los países ricos fueron necesitando mayores recursos para seguir creciendo. EEUU, que pretende ser la democracia modelo y referente, para «salvar la democracia», potenció golpes de Estado y dictaduras militares en toda América Latina contra gobiernos elegidos democráticamente y que intentaban reformas a favor del pueblo. Desde Getulio Vargas o Goulart a Torrijos, de Allende a los sandinistas, la cantidad de sangre vertida, de sufrimiento, y la lista de víctimas es inacabable. En 2003 EEUU invade Irak antidemocráticamente, en contra de la ONU y de la opinión pública mundial, causando centenares de miles de muertos, para «instaurar la democracia». Se miente. Pero da igual, porque esta democracia puede incluir mentira y asesinato. Durante los diez años anteriores murieron en Irak un millón cuatrocientos mil niños menores de cinco años a causa, sobre todo, de los bombardeos con uranio empobrecido. Cuando le preguntaron a Madeleine Albright, Secretaria de Estado de EEUU, si esto merecía la pena, respondió que «el progreso y la democracia exigen sacrificios».

En nombre de la libertad para todos, se impone por la fuerza la libertad sólo para el más fuerte, y cuando el pequeño pide libertad para no morir es acusado

de antidemocrático. Es la libertad del «sálvese quien pueda».

Por eso esta democracia quiere menos Estado protector. Hoy el verdadero enemigo de la libertad de mercado no es ya el socialismo, que se considera derrotado, sino Keynes: hay que descargar al Estado de obligaciones, y hacer la sociedad más libre. ¿Cómo? Desde lo económico, despolitizando las necesidades, y así se proclama que «el Estado no tiene obligaciones con sus ciudadanos». Desde lo cultural, moralizando la sociedad, y así se proclama que «el que se esfuerza gana, el pobre es el culpable de su pobreza». El intervencionismo del Estado se considera una barrera para el desarrollo, incluso en los servicios sociales y personales. Los servicios son un negocio. Quien pueda pagarse el hospital tendrá hospital. Quien no pueda pagárselo no lo tendrá.

Pero tampoco esto es suficiente. Desde lo político es necesario despolitizar la democracia. La política se convierte en gestión al servicio del capital. Y sus gestores, los políticos, en burócratas al servicio del capital. Y lo mismo con la participación de la gente. Cuando las demandas son excesivas acaban provocando una crisis de autoridad. Y así se proclama que si queremos que el sistema funcione es necesario limitar la participación. Los males de la democracia no se curan con más democracia, sino con menos, ha repetido el neoconservador Daniel Bell. En consecuencia las funciones del Estado cambian: de Estado protector de las mayorías, se pasa a Estado represor de las mayorías; en lugar de potenciar el Estado social, se potencia el Estado gendarme. Su principal obligación será garantizar la seguridad de la democracia de los ricos. Y en primer

lugar, seguridad contra la mayoría de sus mismos ciudadanos, que piden mayor democracia. A más organización del pueblo, más vigilancia.

Nuestra democracia se basa en la poca participación de la gente en la cosa pública. Por eso los capitalistas la defienden con las uñas. La mayoría se limita a votar cada cuatro años, y en 1999 el presidente del país más poderoso del mundo fue elegido «democráticamente», con fraude incluido, con menos del 20% de los votos...

Así pues, nuestra sociedad actual, consumidora de democracia, no es ninguna garantía de democracia. Sin embargo, con este tan poco presentable bagaje, Occidente tiene todavía la arrogancia de expedir certificados de democracia a otros países: los que pasen por este cedazo electoral, aunque sean gobiernos corruptos, «democráticamente» tiranos o sus poblaciones se mueran de hambre, serán reconocidos como democráticos, pero los que no pasen el cedazo, aunque tengan el apoyo de sus habitantes y haya pan, educación y salud para todos, corren el riesgo de ser catalogados como terroristas.

Nos han hecho creer que éste es el mejor de los mundos posibles, la única alternativa, el final de la historia. Y muchos se lo han creído porque se ha dicho que quien crea lo contrario va contra el progreso. Es la nueva ideología de la imposibilidad de toda ideología que diga lo contrario. Pero una vez más debemos recordar que la derrota del pueblo empieza por la derrota de las mentes, la cultural: convencerse de que no hay nada a hacer. Por el avergonzarse de los principios que fundamentaron las luchas, por el oportunismo de los dirigentes.

Seguimos funcionando con los esquemas de Montesquieu y el modelo de democracia electoral por delegación y representación de partidos sin tener en cuenta los cambios habidos. Por ejemplo en Europa se hacen grandes parafernalias para elegir a los parlamentarios europeos, que en realidad no mandan, o mandan muy poco, y en cambio se tolera el mecanismo antidemocrático de elección del presidente del Banco Central Europeo, que sí que manda, y mucho.

Profundizar la democracia hoy significaría, además, poner remedio al excesivo peso de los medios, a la dificultad de financiación de los partidos, a las presiones de los lobbys, a las trabas en la independencia del poder judicial, a la posibilidad de corrupción institucionalizada, al secreto bancario, a las listas cerradas, al bloqueo que los grandes puedan hacer a los pequeños, etc. Pero significa también democracia económica, gestión democrática de los recursos, de la cultura, etc.

Los órganos de gobierno viven en la permanente esquizofrenia administrando un poder que en teoría y en la práctica viene del pueblo, pero del cual el pueblo vive ajeno. El miedo de los gobernantes a la democracia del pueblo genera actitudes autoritarias y las actitudes autoritarias generan crisis de autoridad.

Como dice Hanna Harendt no se trata de crisis de legitimidad sino de crisis de autoridad. El poder constituido tiene legitimidad y los instrumentos necesarios para ejercer el poder, pero puede no tener autoridad moral ni credibilidad. Negar la voz a los sectores excluidos es negarles la esperanza y a la larga estos sectores aparecerán, por ejemplo, en forma de fundamentalismos.

En esta democracia mundial el poder está en muy pocas manos y más centralizado y jerarquizado que nunca. Toni Negri lo llama «Imperio» como «entidad difusa pero intersticialmente presente en todo». Además, los pocos que detentan este poder se sienten nuevo Pueblo Elegido por Dios, nuevo Israel enviado por la providencia para salvar el mundo. Están convencidos de que entre ellos y Dios no hay intermediarios, y por mandato divino deben parecerse al mismo Dios en poder, en inteligencia y en previsión.

Sólo desde esta visión religiosa del poder político y militar puede entenderse la nueva Doctrina de Seguridad Nacional que el emperador Bush proclamó el 20 de septiembre de 2002. Se trata del más puro fundamentalismo y fanatismo. El emperador es la encarnación de la voluntad de Dios y suple la democracia. Y justifica la «guerra preventiva»...

Pero el emperador está desnudo. Resulta cada vez más evidente que estamos al final de un sistema que se aguenta sólo por la fuerza, en un mundo a la deriva y en un cambio de civilización. Hoy surgen por doquier Nuevos Movimientos Sociales que cuestionan el sistema, que reclaman la participación de las mayorías y de una sociedad civil hoy todavía sin rostro ni configuración institucional. El actual llamado del movimiento zapatista y quienes luchan por «otro mundo posible» van en esta dirección. En el fondo éstos nos están preguntando quién es el sujeto de la democracia, el sujeto productor de la política.

Van en esta dirección, por ejemplo, el movimiento zapatista que con el eslogan «mandar obedeciendo» cuestiona los mecanismos de corrupción de esta

democracia, el movimiento por otra mundialización que desde los Foros Sociales proclama que «otro mundo es posible», el movimiento indígena que resurge de las cenizas, el movimiento de mujeres, el movimiento de diálogo interreligioso que cuestiona las estructuras jerárquicas de las iglesias, etc.

En el fondo estos movimientos nos están preguntando quién es el sujeto de la democracia, el sujeto productor de la política. Y nos están diciendo que la democracia no es nada hecho, no es una

receta, se construye continuamente. Que la democracia política debe ser también democracia en lo social, en lo económico, en lo cultural.

Por eso, con su sola existencia, estos movimientos cuestionan el núcleo esencial de esta palabra tan antigua. Sus preguntas van a la raíz de los problemas, y sus propuestas, en libertad irreversible, serán siempre conflictivas.

Son los buscadores de nuevas utopías.



Otra democracia: CON IGUALDAD DE GÉNERO

Maria Cecilia Domezi

El paradigma dominante de la modernidad estableció que ser persona es ser ciudadano, con garantía de dignidad y libertad individual. No se admite ya la dominación del señor sobre el sirvo. Los derechos civiles, políticos y sociales se fundamentan en la dignidad y en la libertad de cada individuo.

Pero ese individuo es abstracto, y sólo aparece en la forma masculina. No tiene emociones, deseos o afectos, porque esas experiencias y sentimientos quedan excluidos de los espacios económico, jurídico, científico, administrativo. Se trata del individuo domesticado,

encuadrado en la movilidad y en la competitividad del mercado capitalista mundial. En las reglas de compra y venta, la libertad humana, entendida como autonomía individual, equivale a no tener deudas con nadie. De ahí que ese individuo tampoco tenga obligación con nadie. Puede disfrutar de su derecho a ser «sí mismo», fuera de la participación social, política y pública, preocupado solamente por su cuerpo, siguiendo sus preferencias y posibilidades de consumo. Es cierto de que, como miembro de una nación, será invitado al altruismo e incluso al sacrificio de sí mismo. Pero la libertad individual de los ciudadanos de

la nación puede no pasar de ser una máscara que esconde graves injusticias y vergonzosas desigualdades en las relaciones sociales. Y una democracia de individuos abstractos será siempre una democracia sólo para segmentos privilegiados de las sociedades.

Una emancipación verdadera no es posible con individualismo y exclusión de los otros o de las otras. La persona humana individual, madura en la medida en que se afirma como sujeto histórico. Con la conciencia de las diferencias individuales, toma actitudes en favor de las relaciones humanas y sociales justas e igualitarias.

Riobaldo, personaje creado por Guimarães Rosa dice:

A veces pienso: sería el caso de que se reuniesen personas de fe y posición, en algún lugar apropiado, en medio de los generales, para dedicarse sólo a altos rezos, fortísimos, alabando a Dios y pidiendo el perdón para el mundo. Todos venían compareciendo, allí se levantaba una enorme Iglesia, no había ya crímenes, ni ambición, y todo sufrimiento se sumergía en Dios, enseguida, hasta que a cada uno le llegara la muerte. Razoné eso con mi compadre Quelemém, y él dudó con la cabeza:

-«Riobaldo, la cosecha es común, pero limpiar el terreno, lo hace cada uno...», me respondió consciente.

En América Latina, las inmensas mayorías de personas excluidas de los bienes y de los beneficios indispensables para vivir con dignidad y libertad, tienen, en su cultura popular, inimaginables contribuciones para una democracia alternativa. El «limpiar cada uno su terreno», el proceso de emancipación del individuo, se hace al mismo tiempo con

conciencia crítica, con religión, con comunidad y con responsabilidad hacia el mundo. Cuando la adhesión religiosa es consciente y libre y lleva al compromiso en prácticas solidarias y transformadoras, la devoción tradicional continúa ofreciendo su núcleo de sentido para la vida, como un alimento vital.

Una especial contribución de la cultura popular latinoamericana, con sus múltiples expresiones regionales, es la de recrear y resignificar imágenes y conceptos impuestos por el patriarcalismo. Los colonizadores «cristianos» impusieron un dios patriarcal, distante y amenazador, partidario de los privilegiados. Y las mayorías colonizadas, empobrecidas y sometidas, a través de creativos recursos culturales, y de sincretismos, ambivalencias e hibridismos, desarrollaron una especial capacidad de resistir, a través de la religión, a los patrones rígidos de las desigualdades establecidas.

En el imaginario popular, el referencial de una antigua diosa, tanto más poderosa cuanto más próxima a las personas sufrientes e injusticiadas, posibilita constantes resignificaciones de la cultura y de la religión, y alimenta la actuación en la historia. Sea invocando a Pacha Mama, Iemanjá o a la Virgen María, es, cada vez más, una divina misericordia la que desmonta el sexismo prepotente y afirma una relación de amor con Dios. En las representaciones de Nuestra Señora, morenita, india o negra, se expresa la gran Madre de la Compasión, íntimamente próxima y protectora, a cuyo poder las personas excluidas tienen pleno acceso.

En las tradiciones de la cultura popular latinoamericana hay también formas alternativas de relación solidaria. Son

otras relaciones de reciprocidad, en redes de familias, de vecindad y de religión. La práctica de los trabajos comunitarios, las fiestas, los lazos de compadrazgo, la relación con la familia de los santos... todo está atravesado por una ética de obligación de unos para con otros. Cada persona se siente deudora de las demás. En el cristianismo liberador, ese sentimiento alimenta vitalmente la solidaridad real e histórica que se va ampliando en redes cada vez más amplias y articuladas. La apropiación de la Biblia a través de un método de lectura e interpretación que es popular, comunitario y libertador, ha favorecido un efectivo ejercicio de democracia desde abajo. Todo este legado favorece superación de las dominaciones sexistas, raciales, culturales y de las dominaciones de toda especie.

La tradicional práctica de la reciprocidad tiene relación complementaria con la moderna noción de democracia. Lo que antiguamente era una alianza entre grupos, ahora se vuelve una cadena múltiple de interdependencias, que actúa en la esfera de las políticas públicas. Las colaboraciones circulan, las relaciones se amplían cada vez más y las redes de relaciones instauran la gran comunidad solidaria. Eso puede favorecer, de un modo especial, la justicia y la igualdad en las relaciones entre las personas de sexos diferentes. El moderno concepto de género es una categoría de conocimiento que analiza las relaciones sociales entre los sexos. Una categoría importante para la reivindicación de derechos iguales. Pero la igualdad de derechos y de libertad tiene que hacerse efectiva dentro de una política de las identidades, que tenga en cuenta las particularidades de las culturas. También la

heterogeneidad, las diferencias, los espacios fragmentados y no bien definidos.

El patriarcalismo ya ha superado milenios, ha entrado invicto en la democracia moderna, e impera en el siglo XXI. Continúan en vigor «papeles» atribuidos a las mujeres, sometidas a una sobrecarga de trabajo y a una disminución de beneficios en comparación con los hombres. Es completamente absurdo el hecho de que se mantenga todavía hoy una comprensión de las mujeres como de naturaleza inferior a los hombres, como aquellas que necesitan ser dirigidas por ellos y que sólo resultan valora- bles en la medida en que los sirven. Es hipócritamente infundada la clasificación de lo masculino como lo activo, lo pensante o dirigente, y de lo femenino como lo pasivo, pasional, impuro y peligroso, permanentemente necesitado de control. Es pecaminoso excluir a las mujeres del ejercicio de las funciones sagradas religiosas.

Para mantenerse, la dominación masculina sobre las mujeres busca continuamente justificaciones filosóficas, teológicas, o hasta alega un supuesto determinismo biológico. Sin embargo, las desigualdades fueron establecidas dentro de las relaciones sociales por la imposición de un segmento de la humanidad. Se impuso la convención de que los hombres blancos, especialmente los situados en el hemisferio norte, detentadores del poder económico y político, son más «individuos» y más ciudadanos que el resto de la Humanidad. Y, en este inmenso resto, mayor es la discriminación y la exclusión cuanto más las personas se aproximan al polo inferiorizado: las mujeres pobres, negras, indígenas, mestizas; personas con definiciones sexuales diferentes; personas de culturas

diferentes; personas ancianas, niños y jóvenes, así como personas con necesidades especiales, consideradas improductivas según las reglas del mercado.

Ya no es posible denunciar el imperialismo y la dominación de clase sin luchar, a la vez, por la justicia en las relaciones entre las personas individuales reales. Las relaciones injustas no se dan solamente cuando un bloque entero se impone a otro, sino también en el tejido fino de las sociedades, en lo cotidiano del ambiente familiar, en el vecindario, en las Iglesias, en los sindicatos, en los organismos de poder, en el medio científico, en los movimientos populares, en los medios de comunicación, en las escuelas.

Afortunadamente, la práctica de una democracia alternativa, que incluye la justicia en las relaciones de género, ya se aparece en las bases populares. Fue lo que presencié dentro de una familia brasileña en un asentamiento del Movimiento de Trabajadores Sin Tierra. Así como el trabajo de la agricultura, también las tareas domésticas eran allí asumidas tanto por las mujeres como por los hombres. Y los niños, siempre bien

observadores, cuando veían que algún hombre se descuidaba y dejaba sucios los platos y los vasos para que los lavaran las mujeres, ponían sus manos en la cintura y reclamaban: «¿Y dónde está la equidad de género?».

En las comunidades eclesiales de base ha crecido una comprensión de la Virgen María como compañera de camino que objetiva el Reino de Dios. La convicción de que su canto profético exalta la opción partidaria de Dios por los pobres, según el testimonio de los evangelios, inspira la lucha por la justicia también en las relaciones de género.

El empeño por la superación de las desigualdades entre los sexos, desde los microespacios hasta los bloques imperialistas, no puede separarse de la lucha contra el hambre y contra todas las injusticias. Es preciso afirmar y hacer valer los derechos de las mujeres, de todas las personas, grupos y comunidades, con la riqueza de sus diferencias étnicas, culturales, sexuales, individuales. No habrá democracia sin una garantía de igualdad de derechos y de vida digna para todas las personas -ellos y ellas- sobre la faz de la tierra.



La religión del mercado

Sólo las religiones, unidas, pueden afrontarla

Paul F. Knitter

Lo que me propongo señalar es por qué esta tarea -vincular el diálogo interreligioso con la liberación interreligiosa- es hoy más urgente y más compleja que nunca. Mi tesis, si así puede llamarse, es que la razón principal y la causa esencial de la creciente injusticia económica en el mundo y de la pobreza deshumanizante que resulta de tal injusticia es, en sí misma, religiosa. Las fuerzas que están generando tanta riqueza y al mismo tiempo tal disparidad en su distribución se han convertido ellas mismas en una religión. El mercado libre global se ha vuelto una religión exclusivista mundial. Las religiones del mundo, tanto individual como interreligiosamente, deben participar en un diálogo liberador profético con esta nueva religión mundial. Sin un diálogo interreligioso así con la religión del mercado, no se podrá desafiar y «convertir» eficazmente el poder deshumanizante del mercado. Permítaseme explicarme.

La religión del mercado

Al contrario de la afirmación de Samuel Huntington de que hoy estamos enzarzados en un «Choque de civilizaciones», creo que el choque que en realidad está sucediendo -y yo agregaría, el que no puede menos que suceder-, no es entre civilizaciones. ¡Es entre religiones! Sin embargo, las religiones que contien-

den entre sí no son las comunidades religiosas tradicionales. Me refiero más bien al choque, a la oposición fundamental, entre las llamadas religiones mundiales por una parte, y la nueva Religión del Mercado, por la otra parte.

David Loy, en un artículo que provocó amplia discusión, ha argumentado con cuidado y elocuencia que la religión dominante, la más extendida en nuestro mundo contemporáneo, es la «Religión del Mercado». Especialmente en países desarrollados como EEUU, Europa y Japón ésta es la religión a la que pertenece la mayoría de la población, y la que reclama sus compromisos religiosos fundamentales. Su devoción a la Religión del Mercado precede y modifica su devoción al cristianismo, judaísmo o budismo (*The Religion of the Market*, «Journal of the American Academy of Religion», 65/2 (1997) 275-90).

Para el creyente común, Religión del Mercado significa religión del consumismo. Uno practica su fe y encuentra su salvación consumiendo en los templos que son «centros comerciales», una liturgia y una adoración diarias, no limitadas al domingo, al sábado o al viernes.

Para los prelados y potentados de esta nueva religión, Religión del Mercado significa religión del «economismo». Según John B. Cobb Jr., los devo-

tos del «economicismo» ponen su fe total, absoluta (y podríamos añadir «ciega») en la creencia de que el crecimiento económico perseguido sin restricciones y sin la interferencia del gobierno, tanto por personas individuales como por naciones individuales, traerá la salvación al mundo entero. En palabras de Cobb:

El economicismo es esa organización de la sociedad que intencionalmente está al servicio del crecimiento económico. Todos los demás valores, inclusive la soberanía nacional, se subordinan a este fin, con la sincera esperanza de que una prosperidad suficiente permitirá al mundo solucionar también sus necesidades no económicas» (Cobb, BCS, 4-5).

Para la Religión del Mercado, que se basa en la fe incondicional en el economicismo, el ser humano es un ser económico (homo economicus), es decir, un ser «... que busca racionalmente obtener el mayor número posible de cosas con el menor trabajo posible. Sus relaciones con otros seres son de competencia» (BCS, 11).

Esta Religión del Mercado tiene todos los rasgos que encontramos en las religiones tradicionales:

- Sus **credos** están hechos de la economía neoliberal del (Papa) Friedrich von Hayek y el (Ayatollah) Milton Friedman. Sus **teólogos** o **ullama** son los economistas (principalmente economistas occidentales).
- Sus **misioneros** son el vasto ejército de anunciantes que proclaman su mensaje de consumo en «comerciales» que llenan las transmisiones de radio y televisión y en las carteleras que pueblan nuestras ciudades y paisajes.

- Sus centros de aprendizaje son los departamentos de economía de universidades norteamericanas y occidentales, y su tribunal, la Organización Mundial de Comercio.
- Esta religión tiene sus **mandamientos**, el primero de los cuales es: «No interferirás con el libre mercado». (O dicho en forma más tradicional: «el Libre Mercado es el Señor tu Dios; no tendrás dioses extraños ante de él»).
- Tiene una **teoría de la salvación** que es clara y absoluta: «Fuera del libre mercado no hay salvación». Aquellos que no estén «dentro» y no sean miembros de esta religión verdadera son considerados herejes o enemigos, a ser controlados o eliminados.

Diferencia entre religiones y religión del mercado

Hay una diferencia fundamental, que es una oposición fundamental, entre la ética de lo que Cobb llama «economicismo» (o fundamentalismo de mercado) y la ética de las religiones tradicionales. En formas asombrosamente diferentes, que sin embargo son también complementarias, las tradiciones abrahámicas (judasmo, cristianismo, islam), las tradiciones asiáticas (hinduismo, budismo, confucianismo, taoísmo) y las religiones indígenas tienen un acuerdo básico de que cualquiera que sea el grado de unidad globalizada que pueda alcanzar la raza humana, esta unidad tiene que basarse en un equilibrio entre el interés por uno mismo y el interés por el otro.

La ética religiosa siempre es paradójica. En una diversidad de símbolos y con énfasis diferentes, todas las tradiciones religiosas dicen a la humanidad que, en forma paradójica y también prometido-

ra, el interés por uno mismo equivale a interés por el otro. La intuición fundamental que está a la base de las religiones invita a las gentes a un cambio que les llenará de vida y de paz, yendo del interés por uno mismo al interés por el otro. Este «otro» siempre es diferente a uno mismo, o es más que la consciencia que uno tiene de sí mismo en el momento presente. Es el Otro con O mayúscula (la Fuente de Vida Interior de todos), y el otro con o minúscula: el prójimo de cada uno.

Así nos dice Jesús que sólo nos amaremos verdaderamente a nosotros mismos cuando amemos a nuestro prójimo. Mahoma nos advierte que al cuidar de nosotros mismos, al promover una sociedad buena, nunca podemos olvidar el cuidado de todos los otros, especialmente de los pobres y los abandonados. Para Buda, experimentar la iluminación es sentir compasión por todo ser sensible. En la ética confuciana, «para afirmarnos nosotros mismos debemos ayudar a que otros se afirmen; para que nosotros crezcamos hemos de ayudar a otros a crecer».

Por tanto, ésta es la cuestión o el desafío que las religiones han de plantear a los promotores del libremercado. La comunidad religiosa debe preguntar a los economistas, a los políticos y a los presidentes corporativos: El interés por uno mismo que ustedes ensalzan ¿está equilibrado por el interés por el otro, está enraizado en él, es él quien lo guía? Ciertamente, no parece ser así. El principio conductor del sistema capitalista mundial, gobernado por el fundamentalismo de mercado, parece ser: «Si buscamos el interés por nosotros mismos también promoveremos el de otros». Eso, según las religiones, debe estar equilibrado por: «Si buscamos el interés de

otros, también promoveremos el nuestro propio». Las religiones advierten: si no tenemos este equilibrio, si casamos el interés por nosotros mismos con el interés por el bienestar de otros, nos veremos en problemas. De hecho, ésa es la razón por la que el llamado libremercado globalizado no está respondiendo a la gran disparidad de la riqueza en nuestro mundo globalizado, o en realidad está siendo su causa.

Diálogo interreligioso con la religión del mercado

Aunque resulte difícil, las religiones tradicionales del mundo deben participar en un diálogo profético y crítico con esta nueva Religión universal del Mercado. Las religiones deben enfrentar a los comandantes y los sumos sacerdotes de la globalización y confrontarlos con el «choque», con la diferencia fundamental entre la Religión del Mercado y las religiones tradicionales históricas. Los dirigentes y maestros religiosos deben hacer ver claramente que en el momento actual, y dada la forma en que la Religión del Mercado se entiende a sí misma, no es posible que un individuo sea «miembro» de la Religión del Mercado y al mismo tiempo sea seguidor de Mahoma, Jesús, Buda o Abraham. Aquí no cabe la «doble pertenencia». Uno debe elegir: inclinarse frente a Dios/Allah/el Dharma... o frente al Mercado.

El diálogo interreligioso con la Religión del Mercado es extremadamente difícil, sobre todo porque el Mercado insiste, como lo hizo la Iglesia Católica en tiempos pasados y lo hacen actualmente muchas comunidades fundamentalistas cristianas y musulmanas, que es la única religión verdadera. Todas las

otras serían falsas. Como bien se sabe por la historia de las relaciones interreligiosas, cualquier religión que afirma ser la única verdadera no dialoga con otra religión: lo que busca es convertirla.

Y sin embargo es sumamente urgente lograr algún tipo de diálogo o encuentro entre las religiones del mundo y la Religión del Mercado. Si el Libre Mercado ha asumido el poder y la dominación de una religión mundial, si informa y dirige las vidas de las gentes en forma penetrante como siempre lo ha hecho la religión, ¿no se trata entonces de que las religiones tradicionales del mundo estén entre los medios principa-

les de contrarrestar esta nueva religión idólatra del Mercado? Si, a veces, se necesita fuego para combatir el fuego, hoy necesitamos de las religiones para «combatir», sofocar y redirigir la Religión del Mercado. En la actualidad sólo las religiones pueden dar a los pueblos la visión, la energía, la esperanza y la perseverancia para dialogar con la Religión del Mercado, luchar contra ella y recuperar a sus seguidores, que han puesto al dios del consumismo y el crecimiento económico en el lugar del único Dios, el que nos asegura que cada uno de nosotros sólo encontrará la verdadera felicidad si promueve la felicidad de todos.



Agenda Militante para 2007

Gustavo CODAS

La coyuntura política de nuestra región dio un giro. Hay un despertar de los pueblos y el neoliberalismo es por aquí un proyecto puesto en jaque. Se trata de una situación con tantas o más posibilidades que cuando otras oleadas de movilizaciones transformadoras cubrieron la región en el pasado. Pero, el giro no ha sido ni homogéneo ni completo, y hay muchos desafíos y contradicciones que nos acechan. En 2007 habrá batallas decisivas para consolidar las perspectivas emancipadoras y para abrir un nuevo período histórico en nuestro Continente.

La línea del tiempo de la coyuntura actual la podríamos comenzar en

muchos puntos. En el caracazo de 1989 (Venezuela), primera revuelta masiva contra un ajuste neoliberal; en enero de 1994, en el levante indígena zapatista mexicano contra el TLC con EEUU y Canadá; en la rebelión popular en Cochabamba, Bolivia, en 2000 contra la privatización del agua. En esa cronología habría que poner los momentos, desde finales de la década pasada, en que movilizaciones populares echaron a presidentes neoliberales en Ecuador, Paraguay, Argentina y Bolivia. Y cuando los pueblos, a través de su voto, buscaron alternativas, comenzando con las elecciones venezolanas de 1998, cuando Hugo Chávez fue elegido presidente de Venezuela.

Vista desde nuestra región, la fase actual de la historia está marcada, en primer lugar, por un creciente rechazo popular al proyecto neoliberal. Quedó para atrás, en inicios de la década pasada, el auge de ese programa neoconservador. Por otro lado, no podemos desconocer que ocurre al mismo tiempo en que el poder impulsor de ese programa, el imperialismo norteamericano, se ha fortalecido desde el derrumbe de la Unión Soviética y el antiguo «campo» del socialismo real (1989-1991).

Una intensa actividad de los movimientos sociales (o de la «sociedad civil» según se quiera conceptualizar) está en los orígenes de esta nueva fase. Entre los antecedentes más importantes habría que citar a la «campaña continental contra los 500 años», en 1992. En ese entonces, la convergencia entre movimientos indígenas, campesinos, barriales, de mujeres, de cultura y comunicadores populares, etc., apuntaba hacia la formación de nuevos actores políticos. Articulaciones continentales o mundiales surgieron o se fortalecieron en ese proceso en nuestra región: la Vía Campesina y la Coordinación Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC), los encuentros de pueblos indígenas, Jubileo Sur Américas y «50 años (de FMI / Banco Mundial) bastan», la Marcha Mundial de Mujeres y la Red Mujeres Transformando la Economía (REMTE), el Frente Continental de Organizaciones Comunitarias (FCOC), la Alianza Social Continental (ASC), la Campaña Continental contra el ALCA y los Encuentros Hemisféricos de Lucha contra el ALCA; la Convergencia de Movimientos Populares (COMP), la Asamblea de los Pueblos del Caribe (APC), el Foro Social Mundial y el Foro Social de las Américas... entre otras.

A diferencia de otros continentes y diferentemente de otros momentos en nuestra región, hoy tenemos en las Américas muy amplios espacios unitarios de convergencia, articulación y construcción de luchas comunes. Son herramientas fundamentales para que, más allá de las diferencias nacionales o sectoriales que se dan, vayamos trabajando en perspectivas cada vez más unitarias de superación de nuestra herencia colonial, de nuestra dependencia en relación al imperialismo y de las desigualdades sociales, étnicas y regionales que marcan a América Latina.

El actual período se equipara (o supera) en potencialidades a otros momentos históricos de nuestra región: el ciclo de las independencias en las décadas del 1810-20, el de los nacionalismos entre los decenios de 1930 y 1950, o el abierto por la revolución cubana en 1959 (y tiene también marcadas diferencias con cada uno de ellos).

Desarrollar esas potencialidades es nuestro gran desafío militante. Hay una agenda política que debemos trabajar y que viene de las raíces de las luchas populares que originaron esta nueva fase:

1. La defensa de los recursos naturales (agua, hidrocarburos, biodiversidad, tierra, etc.) como bienes colectivos de los pueblos, contra su apropiación por parte de las grandes empresas multinacionales. América Latina tiene inmensas riquezas naturales que no benefician a sus poblaciones, es una historia de hace ya más de 500 años. Las batallas populares del pueblo boliviano contra la privatización del agua y después por la nacionalización de los hidrocarburos han abierto caminos. Las luchas campesinas

por la reforma agraria se inscriben también en ese marco.

2. La defensa del medio ambiente contra la explotación depredadora por parte de los grandes capitales. Las luchas indígenas en defensa de sus saberes milenarios (que las multinacionales quieren patentar en beneficio propio), la campaña de los movimientos campesinos en defensa de las semillas y contra los transgénicos (éstos que son la principal estrategia del agronegocio capitalista, y las multinacionales agrícolas), las luchas de las poblaciones y los movimientos ambientalistas contra las industrias contaminantes y la basura tóxica que los países desarrollados envían al Sur, son puntos decisivos para construir sociedades según con las necesidades sociales (y no en función de los lucros empresariales).

3. Las luchas de los movimientos de mujeres contra el patriarcado capitalista, de los movimientos de gays y lesbianas contra la homofobia y la intolerancia, y de los movimientos negros contra la discriminación racial, son fundamentales para que los actuales procesos sean auténticamente emancipadores, ya que se trata de liberarnos no sólo de las cadenas neocoloniales, sino también de las opresiones que fueron introyectadas por las clases dominantes en las clases dominadas.

4. En toda América Latina hay una revalorización de los movimientos, de la conciencia y de la identidad indígenas. Los pueblos originarios reclaman el derecho a la tierra y a la conservación de sus culturas e identidad. Eso pasa por la conquista de derechos a la autonomía y por la construcción de nuestros países como estados plurinacionales.

5. El auge neoliberal pasó, pero su pesada herencia de destrucción de derechos sociales y laborales quedó. De forma unitaria el sindicalismo de la región elaboró una «Plataforma Laboral de las Américas», que será uno de los instrumentos para presionar por la recuperación de derechos elementales para la ciudadanía de las clases trabajadoras.

6. El impulso neoliberal continúa llegando a través de los TLCs (Tratados de Libre Comercio) y la OMC (Organización Mundial del Comercio), aunque la resistencia popular y la actitud soberana de algunos gobiernos hicieron parar la principal estrategia del imperialismo estadounidense para la región, el ALCA (Área de Libre Comercio para las Américas). El ALBA (Alternativa Bolivariana para las Américas) propuesta por el gobierno venezolano, los TCPs (Tratados de Comercio entre los Pueblos) defendidos por el gobierno boliviano, las redefiniciones del Mercosur y de la Comunidad Sudamericana de Naciones que están en discusión entre varios gobiernos, así como las propuestas de los movimientos para la integración sobre otras bases, son parte del desafío mayor: construir una relación económica entre nuestros países como un paradigma diferente al neoliberal, y constituir un espacio económico regional capaz de resistir a las presiones del imperialismo y de impulsar el desarrollo regional.

7. Pero no habrá desarrollo si no libertamos nuestros pueblos del yugo del capital financiero internacional. Así, continuarán en agenda las campañas contra la deuda externa y contra la vulnerabilidad de nuestros países frente a los ataques financieros especulativos. Pero en esto no habrá salidas aisladas

para nadie: se hace necesario construir una voluntad política regional y concretarla creando instrumentos de financiamiento para los proyectos definidos soberanamente por nuestros países.

8. Nuestra región siempre fue considerada el «patio trasero» del imperio norteamericano. Quiere dejar de serlo, y está dando algunos pasos en ese sentido. Pero, desde hace siglo y medio, el gobierno de Estados Unidos ha echado mano de intervenciones militares (directas, o a través de sus títeres locales) para derrotar a los pueblos latinoamericanos que tratan de libertarse. Siguiendo el ejemplo del pueblo de Vieques, que se movilizó para expulsar a la base militar norteamericana, este año será central la lucha contra la presencia militar norteamericana en nuestra región (el caso más obvio es Colombia, pero mantiene bases militares en varios países y está buscando penetrar también en otros).

Otra América Latina se diseña en el horizonte. Tal vez como nunca antes, las posibilidades para hacer efectivos proyectos emancipatorios están puestas. Pero hay peligros que nos acechan. El imperialismo puede aprovechar anti-

guas y nuevas rencillas entre países del Sur. El nacionalismo, que es una postura positiva cuando es antiimperialismo, puede ser mero patriotismo cuando se lo aplica en los conflictos entre pueblos hermanos del Sur.

Una integración entre países del Sur en abierta oposición a las pretensiones del imperialismo norteamericano es un proyecto que aún no había sido intentado y sobre el cual poco fue pensado, así que no es una sorpresa que surjan muchas dificultades en su camino. Desde los intelectuales (como los que se reúnen en la Red en Defensa de la Humanidad), y desde los movimientos (como los que se articulan en la Campaña Continental contra el ALCA), hay una urgencia por elaborar nuevos paradigmas, nuevos caminos y propuestas. El imperialismo está expectante de que las dificultades del proceso y sus conspiraciones nos derroten.

En el Encuentro Hemisférico de Lucha Contra el ALCA realizado en 2006 en La Habana, Cuba, los movimientos sociales del Continente aprobaron un plan de acción que justamente busca responder a ese desafío.

PETICIÓN DE AGENDAS

Si al terminar de leer este Ocoté tienes interés por adquirir una o más agendas, debajo aparece una ficha con los datos necesarios para poder hacértela llegar. En la página Web <http://www.comitestomero.or/sedes.htm> podras encontrar las direcciones y teléfonos de los Comités Óscar Romero que la distribuyen. Si no encuentras ningún Comité cercano a tu pueblo o ciudad, puedes enviar la petición a la dirección que aparece en la contraportada o llamar al teléfono 976 432391.

Nombre _____

Dirección _____

CP _____ Población _____

Provincia _____

Teléfono / Fax _____

Correo-e _____

Número de
ejemplares

Esperamos que te haya resultado interesante este documento, al igual que nos lo ha parecido a nosotros, y por eso creemos que no podemos guardarlo en el archivo.

Por eso editamos los **Documentos del Ocote Encendido**. En ellos podréis encontrar los análisis más interesantes de América Latina. Cada documento presenta el formato de cuadernillo de unas 30-40 páginas y tenemos prevista una periodicidad de 6 números al año.

Si te interesa recibir este Documento y nuestro Boletín, rellena y envíanos este boletín de suscripción al **Comité Cristiano de Solidaridad Oscar Romero de Aragón** (c/ José Paricio Frontiáan s/n - 50.004 - Zaragoza)

DATOS DEL COLABORADOR:

Nombre y apellidos: _____
Dirección: c/ _____ nº _____
C.P. _____ Población _____ Tif. _____

Deseo recibir:

- Deseo recibir El Ocote Encendido y los Documentos del Ocote Encendido (15,03 euros/año)**
 Deseo colaborar como socio del Comité con una cuota anual de _____ euros.

ORDEN DE PAGO A LA ENTIDAD BANCARIA:

Banco o caja _____ Dirección _____

Datos bancarios: _____ - _____ - _____ - _____

Ruego cargen a mi cuenta los recibos que por un importe de _____ euros al año/semestre, presentará el **Comité Cristiano de Solidaridad Oscar Romero de Aragón**.

Nombre y apellidos: _____

Dirección: c/ _____ nº _____

C.P. _____ Población _____ Tif. _____

Firma: _____

También puedes encontrar el Documento del Ocote en: